

ner todavía un rudo combate. Me hicieron entrar llamándome su niñita y preguntándome por qué quería abandonarlas, pues me amaban tan tiernamente, que no podían verme entrar en Santa María, sabiendo que no había de perseverar. Les respondí que quería experimentarlo, y me obligaron á prometer volver á su convento, si salía del otro; porque sabían bien, decían, que jamás podría acostumbrarme á estar allí. Y por mucho que me dijeron, no se conmovió mi corazón, ántes se afirmaba más y más en su resolución diciendo: «Es preciso morir ó vencer.» Pero omito todos los demás combates, que me ví obligada á sostener, por llegar prontamente al lugar de mi dicha, mi querido Paray.



III

NOVICIADO DE MARGARITA



III

No bien entré en el locutorio, oí interiormente estas palabras: «Aquí es donde te quiero.» En seguida dije á mi hermano que era preciso arreglar mi asunto, pues no iría jamás á otro convento. Le sorprendió tanto más mi lenguaje, cuanto que no me habia llevado allí, sino para darme á conocer las religiosas de Santa María, y bajo mi promesa de no dejar traslucir mis intenciones; pero ya no

quise volverme á casa, sin que todo estuviese concluido. Despues de terminado, me parecia haber recibido una nueva existencia. ¡Tan grandes eran el contento y la paz que sentia! Esto produjo en mí una alegría tal, que cuantos ignoraban lo sucedido, decian: «¡Miradla, buenas trazas tiene de ser religiosa!» Y en efecto, me adornaba con más galas y me divertia como nunca lo habia hecho, por el gozo que tenia de verme toda de mi Soberano Bien; el cual, mientras esto escribo, me reconviene muchas veces con estas palabras: «Mira, hija mia, si podrás hallar
»un padre apasionado de amor por su
»hijo único, que haya tenido jamás
»tanto cuidado de él, y podido darle
»testimonios de amor tan tiernos, como
»los que te he dado y te quiero dar del
»mio, el cual ha tenido tanta paciencia
»y tomado tanto trabajo para educarte
»y amoldarte á mi manera desde la
»más tierna edad, esperándote con dul-

»zura, sin mostrar repugnancia en medio de todas tus resistencias. Acuérdate, pues, de que si algun dia te olvidas del reconocimiento que me debes, no refiriendo á mí la gloria de todo, ese seria el medio de secar para ti este manantial inagotable de todo bien.»

Habiendo llegado, finalmente, el dia tan apetecido de dar el adiós al mundo, sentí tal gozo y firmeza en mi corazon, que estaba como insensible, tanto al cariño, como al dolor que me manifestaban todos, especialmente mi madre, y no derramé ni una lágrima al dejarlos. Porque me parecia ser como una esclava, que se encuentra libre de su prision y de sus cadenas, para entrar en la casa de su esposo, tomar de ella posesion, y gozar con toda libertad de la presencia de este, de sus bienes y de su amor. Así se lo decia Jesus á mi alma, la cual estaba como fuera de sí misma. No sabia alegar otro motivo

de mi vocacion de religiosa de Santa María, sino que deseaba ser hija de la Santísima Virgen.

Pero confieso que llegado el momento de entrar, era un sábado, cuantas penas habia padecido, y muchas otras me asaltaron con tal violencia, que me parecia iba á separarse mi alma de mi cuerpo en la entrada misma. Mas al instante se me mostró que *habia el Señor roto el saco de mi cautiverio, y revestídomé con su manto de alegría*; y de tal manera me trasportaba el gozo, que decia á gritos: «Aquí es donde Dios me quiere.» Sentí inmediatamente todo esto inculpido en mi espíritu: que aquella casa de Dios era un lugar santo; que cuantas en ella moraban debian ser santas; que el mismo nombre de Santa María me indicaba la obligacion de serlo á toda costa; y que para esto era preciso abandonarse y sacrificarse á todo sin reserva ni miramiento alguno. Así se me hacia suave cuan-

to se me presentaba de más áspero en los principios. Todos los dias durante algun tiempo me despertaban las siguientes palabras, que oía distintamente, pero sin comprenderlas: *Dilexisti iustitiam* y el resto del versículo; otras veces: *Audi, filia, et vide*, etc., y tambien estas: «Has hallado tus senderos y tu camino, ¡oh mi Jerusalem, casa de Israel! mas el Señor te guiará en todas tus empresas, y no te abandonará jamás.» Repetia todo esto, sin comprenderlo, á mi buena Maestra, á la cual, y tambien á mi Superiora, miraba como á Jesucristo en la tierra. Y como ni sabia, ni habia tenido jamás regla ni direccion, estaba tan gustosa de verme sujeta, para tener el consuelo de obedecer, que me parecian oráculos todas sus palabras, y juzgaba que no debia temer cosa alguna haciéndolo todo por obediencia.

Pidiendo á mi Maestra que me enseñase á hacer oracion, de la cual tenia

grande hambre mi alma, no quiso creer que, habiendo entrado religiosa á la edad de veintitres años, no supiese hacerla, pero despues de habérselo yo asegurado, me dijo por primera vez: «Id á colocaros delante de Nuestro Señor Jesucristo, como una tela preparada delante de un pintor.» Hubiera yo querido la explicacion de lo que me decia por no comprenderlo, pero no osaba pedírsela; mas el Señor me dijo: «Ven, que yo te lo enseñaré.»

Y tan pronto como fuí á la oracion, me hizo conocer que aquella tela preparada era mi alma, sobre la cual queria trazar todos los rasgos de su vida dolorosa, pasada toda ella en el amor, en las privaciones, en el alejamiento, en el silencio y en el sacrificio hasta la consumacion; que los imprimiría en mi alma despues de haberla purificado de todas las manchas, que le quedaban, sea de aficion á las cosas terrenas, sea de amor á mí misma ó á

las criaturas, hácia las cuales tenia mi natural complaciente demasiada inclinacion.

Me despojó en un momento de todo, y despues de haber dejado mi corazon vacío y desnuda por completo mi alma, encendió en ésta un deseo tan ardiente de amar y sufrir, que no me dejaba momento de reposo. Tan de cerca me perseguia, que no hallaba tiempo, sino para pensar en cómo podría amarle crucificándome: y tal ha sido siempre su bondad para conmigo, que nunca ha dejado de proveerme de medios para ello.

Aunque nada ocultaba á mi Maestra, tenia, sin embargo, el designio de dar más latitud de lo que era su intencion á sus permisos, respecto á las penitencias. Y habiéndome formado de esto como un deber, mi santo Fundador me reprendió tan ásperamente, sin dejarme pasar adelante, que nunca he tenido ánimo para volver á intentarlo.

Porque sus palabras quedaron para siempre grabadas en mi corazón: «Y bien, hija mía, ¿piensas poder agradar á Dios, traspasando los límites de la obediencia, que es el principal sostén y fundamento de esta Congregación, y no las austeridades?»

Al fin pasó el tiempo de mis pruebas ardiendo yo en deseos de ser toda de Dios, y haciéndome Él la misericordia de agujonarme continuamente para que llegase á esta dicha. Estando ya revestida con nuestro santo hábito, me dió á conocer mi divino Maestro que este era el tiempo de nuestros desposorios, los cuales le daban un nuevo dominio sobre mí, y me imponían una doble obligación: la de amarle y la de hacerlo con amor de preferencia. En seguida me declaró que, á la manera de los más apasionados amantes, me haría gustar, durante este tiempo, cuanto hay de más dulce en la suavidad de sus amorosas caricias. En efecto, tan

excesivas fueron estas, que con frecuencia me sacaban fuera de mí, y me volvían incapaz de hacer cosa alguna.

Hundíame esto en tal abismo de confusión, que no osaba comparecer ante nadie, de lo cual me corrigieron manifestándome no ser este el espíritu de las hijas de Santa María, nada amante de caminos extraordinarios, y que no me recibirían, si no me apartaba de todo.

Quedé, por lo tanto, sumida en una gran desolación, durante la cual puse todos mis esfuerzos, sin perdonar medio alguno, para separarme de esta senda; pero todo fué inútil. Sin que yo lo comprendiese, trabajaba por su parte con el mismo objeto mi buena Maestra, pues viéndome con mucha hambre de oración y de aprender á hacerla, y que á pesar de todos mis esfuerzos me era imposible seguir los métodos por ella señalados, teniendo precisión de volver siempre al de mi divino Maes-

tro, aunque hiciese todo lo posible para olvidarle y separarme de él, me señaló por auxiliar de una oficiala, que me hacia trabajar durante la oracion. Despues de lo cual, iba á pedir permiso para volver á empezarla, y mi Maestra me corregia ásperamente diciéndome que la hiciese ocupada en los ejercicios manuales del Noviciado.

Así lo hacia, sin poder nada de esto distraerme del suave gozo y consolacion de mi alma, ántes bien los sentia ir siempre en aumento. Se me ordenó asistir á los puntos de la meditacion por la mañana, y salir, despues de oídos, á barrer el lugar que se me designase, hasta la hora de rezar prima.

Terminada esta, se me pedia cuenta de mi oracion, ó más bien de la que en mí, y por mí hacia mi soberano Maestro, no llevando yo en todo ello otra mira, sino la de obedecer, en lo cual sentia un placer sumo, por grandes que

fuesen las penas de mi cuerpo al ejecutarlo. Luego cantaba:

«Cuanto más contradicciones
Encuentre mi casto amor,
Tanto más crece la llama,
Que el Bien único encendió.
Que me aflijan noche y día,
No me robarán mi Dios;
Cuanto es más grande el tormento,
Más me une á su Corazon.»

Tenia un hambre insaciable de humillaciones y mortificaciones, si bien se resentia vivamente mi sensibilidad natural. Mi divino Maestro me apretaba sin cesar á que las pidiera, y esto me las proporcionaba excelentes, pues aunque se me negaban las mortificaciones pedidas como indigna de hacerlas, se me imponian otras no esperadas, y tan opuestas á mis inclinaciones, que me veia obligada en el violento esfuerzo, que debia hacerme, á decir á mi buen Maestro: «¡Ay de mí! »venid en mi ayuda, ya que vos sois »la causa.» Y Él lo hacia diciéndome: «Reconoce, pues, que nada puedes sin

»mí; yo no dejaré nunca de socorrerte,
»con tal que tengas siempre tu nada y
»tu debilidad abismadas en mi fortaleza.»

No hablaré, sino de una sola de esa clase de ocasiones mortificativas, superior á mis fuerzas, en la que me hizo verdaderamente experimentar el efecto de su promesa. Es una cosa, hácia la cual tenía toda mi familia una aversion natural tan grande, que al firmar el contrato de recepcion, exigió mi hermano que no se me obligara jamás á hacerla. No hubo dificultad en concedérselo, siendo cosa de suyo indiferente. Pues en eso me fué preciso ceder, porque se me atacó por todas partes con tal vehemencia, que no sabia ya qué resolucion tomar, tanto más, cuanto me parecia mil veces más fácil sacrificar mi propia vida, y si no hubiera amado mi vocacion más que mi existencia, habria entónces preferido abandonarla, ántes de resolverme á ejecu-

tar lo exigido. Pero era en vano el resistirme, pues mi Soberano queria este sacrificio, del cual dependian otros muchos. Tres dias estuve combatiendo con tanta violencia, que excitaba la compasion, especialmente de mi Maestra, delante de la cual reconocia desde luego la obligacion de hacer lo que me decia, y despues me faltaba el valor. Me moria de pena de no poder vencer mi natural repugnancia y le decia: «¡Miserable de mí, que no me quitarais la vida, ántes que permitirme faltar á la obediencia!» Al oirlo me rechazó: «Id, dice, no sois digna de practicarla, y ahora os prohibo hacer lo que os mandaba.» Esto me bastó. Desde luego dije: «Es necesario morir ó vencer.» Me fuí ante el Santísimo Sacramento, mi ordinario refugio, donde permaneci unas tres ó cuatro horas llorando y gimiendo para obtener la fuerza de vencerme: «¡Ay de mí! ¿me habeis abandonado, Dios mio? Y bien ¿ha de ha-

«ber aún reserva alguna en mi sacrificio, y no ha de ser del todo consumado en perfecto holocausto?» Mas mi Señor, queriendo llevar hasta el extremo la fidelidad de mi amor hacia Él, como despues me lo ha manifestado, se complacia en ver combatir en su indigna esclava al amor divino contra las repugnancias naturales. Por fin salió victorioso; porque sin otra consolacion ni otras armas, que las palabras siguientes: «Nada ha de negarse al amor,» fuí á arrojar me de rodillas ante mi Maestra, pidiéndole por piedad me permitiese hacer lo que de mí habia deseado. Finalmente lo hice, si bien no he sentido jamás repugnancia tan grande, la cual se renovaba todas las veces que debia hacerlo, sin dejar por eso de seguir ejecutándolo durante ocho años.

Despues de este sacrificio fué cuando se duplicaron todas las gracias y favores de mi Soberano; y de tal modo

inundaron mi alma, que me veia obligada á decir con frecuencia: «Suspended, Dios mio, este torrente que me anega, ó dilatad mi corazon para recibirlo.» Pero suprimo todas estas predilecciones y profusiones del puro amor, pues eran tan grandes, que no podria convenientemente explicarlas.

Se me atacó todavía sobre este particular al acercarse el tiempo de mi Profesion, diciéndome que se veia claramente que no era á propósito para adquirir el espíritu de la Visitacion, el cual miraba con recelo todo ese género de vías sujetas á la ilusion y al engaño. Representé al instante á mi Señor esto, dándole mis quejas: «¡Ay de mí! ¿Señores, Señor mio, la causa de que se me despida?» A lo cual me respondió: «Dí á tu Superiora que no hay razon para temer el recibirte, pues yo respondo por ti, y seré tu fiador si me juzga capaz de serlo.» Habiendo dado cuenta de esto á mi Superiora, me or-

denó pedirle, como prenda de seguridad, que me hiciese útil á la santa religion por la práctica exacta de todas las observancias. Sobre este punto me respondió su amorosa bondad: «Y bien, »hija mia, todo eso te concedo, pues te »haré más útil á la religion de lo que »ella piensa; pero de una manera, que »aún no es conocida sino por mí: y en »adelante adaptaré mis gracias al espíritu de la regla, á la voluntad de tus »Superioras y á tu debilidad, de suerte, que has de tener por sospechoso »cuanto te separe de la práctica exacta »de la regla, la cual quiero que prefieras á todo. Además, me contento de »que antepongas á la mia la voluntad »de tus Superioras, cuando te prohiban »ejecutar lo que te hubiere mandado. »Déjales hacer cuanto quisieren de ti: »yo sabré hallar el medio de cumplir »mis designios, aún por vías que parezcan opuestas y contrarias. No me »reservo sino el dirigir tu interior y

»especialmente tu corazón, pues habiendo establecido en él el imperio de mi amor puro, jamás le cederé á ningun otro.» Nuestra Madre y nuestra Maestra quedaron contentas de todo esto, cuyos efectos tan sensiblemente se manifestaron, que no podían dudar de que procediesen de la verdad mis palabras; pues ni sentía turbación alguna en mi interior, ni cuidaba de otra cosa, sino de cumplir la obediencia, por mucho que para ello debiera sufrir. Pero me servían de martirio insoportable la estima y complacencia con que se me trataba, y mirábalas como un justo castigo de mis pecados, los cuales me parecían tan enormes, que me hubiera sido dulce el sufrir todos los tormentos imaginables para expiarlos y satisfacer á la divina justicia.

